

IBN JALDÚN, Abderrahmán: *Introducción a la historia universal (al-Muqaddima)*. Edición y traducción de Francisco Ruiz Girela. Bibliografía seleccionada por Miguel Ángel Manzano. Glosarios preparados por Irene Bernabé Blanco. Editorial Almuzara, Biblioteca de Literatura Universal, Córdoba, 2008, lx, 1314 p.

La obra que nos ocupa en esta reseña es una de las más importantes de la literatura universal. Generalmente conocida como los *Prolegómenos*, fue escrita por Abderrahmán Ibn Muhammad Ibn Jaldún al Hadrami, uno de los últimos grandes sabios de la época clásica del Islam. Nació en Túnez en 1332, y provenía de una antigua familia originaria del Yemen. Sus antepasados participaron en la conquista árabe de España en el siglo VIII, y en ese país residieron varias generaciones de ellos en Carmona, cerca de Sevilla. Eventualmente, la reconquista hispano-cristiana les hizo emigrar a Túnez. Allí nació Ibn Jaldún, y creció en un ambiente muy culto. Su padre era una importante figura pública y, como sus antecesores, era funcionario del gobierno. Ibn Jaldún siguió sus pasos, y comenzó como Secretario del Príncipe de Túnez. Pero sobrevino la epidemia de la *Peste negra*, que asoló tanto a Medio Oriente y Noráfrica como a Europa, e hizo morir a su padre y a otros de sus familiares. Al mismo tiempo, debido a intrigas palaciegas, sufrió prisión durante más de un año. Al quedar libre viajó y trabajó en diversas cortes del norte de África, pasando por lo que hoy son Túnez, Argelia, Marruecos y España. En ésta recorrió las tierras de sus ancestros, y aunque tenía posibilidades de quedarse y hasta recuperar antiguos patrimonios de su familia, prefirió volver al África. Finalmente, tras varias peripecias políticas y guerreras, se retiró por cuatro años con su familia al castillo de Ibn Salama, en el noreste de Argelia. Allí, en tranquilidad y sosiego, escribió la mayor parte de su *Historia Universal*, de la cual la *Introducción a la historia* o *Prolegómenos* es el primer volumen. No fue su única obra, pero sí la que más trascendió de las suyas. Eventualmente volvió a la vida de la corte en Túnez, pero después emigró a Egipto, donde, aparte de ser profesor en varias instituciones y tras ejercer varias veces el cargo de juez (esa era su profesión) y vivir otras grandes experiencias, falleció en 1406.

A diferencia de otros autores árabes como Alfarabi, Avicena, y Averroes, quienes fueron conocidos en Europa y traducidos al latín en plena Edad Media, la obra de Ibn Jaldún, por ser más tardía, no fue difundida en occidente sino a comienzos del siglo XIX, y sólo en fragmentos, hasta que

el erudito Étienne Marc Quatremère editó la obra en árabe en París, publicada tras su muerte en 1858. Después, William McGuckin, Barón de Slane, hizo en 1867 la primera traducción completa de los *Prolegómenos* al francés. Luego hubo más traducciones a otras lenguas, así como ediciones árabes más elaboradas.¹ Hasta hace poco la que se consideró como mejor traducción fue la inglesa de Franz Rosenthal, editada por la Universidad de Princeton en 1967. En castellano, aparte de varias antologías, ya vertidas directamente de la lengua original, o de versiones en otras lenguas, ha existido una edición completa realizada por Juan Feres en México, quien tras veinte años de labor murió antes de culminarla. Su versión fue completada por Elías Trabulse, quien le añadió un estudio preliminar y notas, siendo publicada por Fondo de Cultura Económica en 1977. Pero esa edición, aún tratándose de un grande y bienintencionado esfuerzo, mostraba varias deficiencias señaladas por eminentes arabistas como Miguel Cruz Hernández y Rafael Ramón Guerrero.² Habida cuenta de que Ibn Jaldún es un autor notable de la cultura hispanoárabe, era de justicia que se realizara una versión mejor de su magna obra en lengua castellana. Creo que la edición aquí reseñada responde a ese anhelo ampliamente.

- 1 Ibn Jaldún realizó correcciones y modificaciones al texto de los *Prolegómenos* prácticamente hasta el momento de su muerte. Algunas de las mejores traducciones dan cuenta de redacciones alternas de ciertos pasajes, a veces con varias páginas de diferencia entre los mismo.
- 2 Cfr. Miguel Cruz Hernández: “Bibliografía comentada del pensamiento islámico para no arabistas”, en *Anthropos*, No. 86-87, Barcelona, 1988, p. 124: “A mi entender [La traducción de Feres] presenta muchas dificultades. ... fue hecha de la 3° ed. de Beirut, 1900 (que reproducía la inexacta de Bulaq 1857). Feres cotejó su texto con la traducción del Barón de Slane, y eligió una vía intermedia. Trabulse la cotejó con la excelente traducción inglesa de F. Rosenthal y también intentó seguir una vía intermedia. Así, el resultado es insatisfactorio; los nombres geográficos a veces son irreconocibles; se traduce mijo o escando por *maíz*, y *asabiyya* (fuerza de cohesión social) por coaligación, etc.”). Y Rafael Ramón Guerrero: “La filosofía árabe medieval”, en *Revista Española de Filosofía Medieval*, No. 1, Zaragoza, 1994, p. 134: “De esta obra [los *Prolegómenos*] hay versión castellana con el título *Introducción a la Historia Universal*, Méjico, F.C.E., 1977, que es presentada como traducida directamente del árabe y que, como he apuntado varias veces, no es más que una retraducción de la versión francesa hecha en el siglo pasado por B. De Slane, como puede comprobar quien coteje cualquier página abierta al azar, ¡incluidas las notas a pie de página!”.

La difusión de la obra de Ibn Jaldún causó gran impacto. Ya Arnold J. Toynbee en su momento dijo que este libro era la “obra máxima de su especie que haya sido creada por cualquier espíritu en cualquier época o lugar”³. Y José Ortega y Gasset también dijo sobre Ibn Jaldún que era

“Un africano genial, de mente tan clara y tan pulidora de ideas como la de un griego. Cronológicamente [el libro de los *Prolegómenos*] es la primera filosofía de la historia que se compone. La que podía aspirar antes que ella a ese puesto, parto también de una mente africana –San Agustín–, fue propiamente una teología de la historia... [Ibn Jaldún] es una mente clara, toda luz. Su potencia luminosa se revela tanto más cuanto que cree, a fuer de buen marroquí, no sólo en el Corán, sino en la magia y en los sueños, en los arúspices y augures, en adivinos, astrólogos y geománticos. Sin embargo, su luz mental perfora toda esta caligine y llega pura a las cosas y destila de ellas un libro que parece escrito por un geómetra de la Hélade. Su filosofía de la historia es al propio tiempo la primera sociología.”⁴

Los *Prolegómenos* causaron revuelo también porque su aparición coincidió con el desarrollo del positivismo, que concentró el interés de los estudios en las ciencias sociales, y sobre todo en la sociología. Muchos vieron que el objeto de estudio de Ibn Jaldún era la sociedad en sí, que él analiza y desnuda en sus múltiples aspectos, antes de tratarla a ella misma de manera más específica en el texto de su *Historia Universal*. Otros caracterizaron ese pensamiento como un sistema coherente del proceso histórico en términos puramente humanos⁵, pues Ibn Jaldún mostraba que la sociedad dependía de fuerzas psicológicas y materiales y las describía en detalle. También describía el acontecer histórico como una marcha caracterizada por ímpetus de crecimiento y de decadencia dentro de las diversas formas de las asociaciones humanas. Formulaba leyes generales que, según sus conclusiones, gobernaban el destino de las sociedades, y establecía reglas para la crítica de las fuentes históricas, con la finalidad de poder obtener

3 TOYNBEE, Arnold: *Estudio de la historia*. Emecé Editores, Buenos Aires, 1961, T. III, p. 342.

4 ORTEGA Y GASSET, José: *Obras Completas*. Tomo II. *El Espectador (1916-1934)*. Editorial Revista de Occidente, Madrid, 1950, pp. 671-673.

5 ROSENTHAL, F. Ob cit., p. 486.

una reconstrucción correcta del pasado⁶. Tomando la definición de sociología que da Bierstedt⁷, tendremos que concordar en que Ibn Jaldún, además de historiador, desplegó un método y unos objetivos que prefiguran los de la sociología contemporánea. Pero, aun si no quisiéramos considerarlo en relación con dicha ciencia moderna, no puede negársele su status de precursor de la ciencia social como tal.

Ibn Jaldún también tenía una intención historiográfica: dar a sus lectores instrucciones de cómo leer la historia: qué cosas tomar en cuenta para juzgar los hechos y sucesos históricos, cómo entender la función del progreso o la decadencia en las civilizaciones, cómo juzgar el estado de una sociedad a partir de los hechos que ella suscita y los elementos sobre los que se sustenta, etc. Todo lo cual él describe con detalle e ingenio. Muchos de quienes lo leyeron y estudiaron, vieron en sus planteamientos afinidades con Maquiavelo, Guicciardini, Hobbes, Vico, Voltaire, y Rousseau, además de concomitancias entre sus ideas y las de Hegel, Comte, Gobineau, Marx, Chamberlain, Spencer, y muchos otros más. Con respecto a estas aproximaciones, el eminente arabista Miguel Cruz Hernández ha dicho:

“Ibn Jaldún fue ante todo un estupendo historiador de las realidades sociales bereberes de su tiempo, un zurcidor de la historia universal, que tal es la intención de su obra el “Kitáb al Ibar” [*Historia Universal*], y un agudo meditador de las realidades sociales del mundo árabe-islámico, por él conocidas, en la introducción de dicha obra, “al Muqaddima”. ¡Nada menos! Desde luego, pero nada más. Ni pionero de la moderna historia, ni precursor de Hegel, ni precedente del materialismo histórico, ni prenuncio de Nietzsche. Las cosas como son.”⁸

Más a pesar de ese juicio, la lectura de Ibn Jaldún sigue suscitando aún entusiasmo entre quienes le leen por primera vez, especialmente estudiantes, y no sólo en occidente sino también entre los árabes y todos quienes ven en él mucho más que un simple “zurcidor” de la historia univer-

6 COMPTON LEARNING COMPANY, *Compton's Family Encyclopedia* (Multimedia), 1991, Artículo “History”.

7 BIERSTEDT, Alfred: *The Social Order, an Introduction to Sociology*, New York University, Mc. Graw-Hill Book Company Inc. & Kogakusha Company Ltd. Tokyo-San Francisco-Toronto-Londres (Reino Unido). 1963, p. 6.

8 CRUZ HERNANDEZ, Miguel: ob. cit., p. 124.

sal. Es, de hecho, uno de los autores árabes clásicos cuya obra es más leída, estudiada y comentada a lo largo del Islam. De ahí el interés siempre presente y lo oportuno de tener traducciones de los *Prolegómenos* que sean exigentes y generosas.

En cuanto a la estructura de esta obra, su autor la dividió en seis partes o *libros*. El traductor de la versión reseñada, Francisco Ruiz Girela, ha vertido esas partes como *capítulos*. Y lo que en otras versiones es dado como capítulos, en ésta son apartados o secciones numeradas o señaladas según el caso. Es sabido que en los *Prolegómenos* algunos de estos apartados pueden abarcar hasta más de treinta páginas, y ser verdaderos trabajos enjundiosos, mientras que otros pueden llegar a ser tan reducidos como media página, y más de uno ha juzgado “caprichosa” tal ordenación, pero yo veo en eso una suerte de recurso aforístico del autor.

El primer capítulo trata sobre la historia: qué es, cómo es una ciencia, cuáles son los problemas en su investigación, etc. También trata allí sobre *el espacio* en que vive y se desarrolla el hombre, es decir, lo geográfico; describe las regiones de la tierra, y sus características físicas y humanas. Dedicar tres apartados a examinar la influencia física y psíquica del clima y de los recursos naturales y nutritivos, influencia que para él es determinante (en esto de ser un determinista geográfico –con el perdón del profesor Cruz Hernández– Ibn Jaldún también fue precursor). La última sección de ese primer capítulo es quizá una de las más sorprendentes de la obra, pues, así como antes establece la inexorable acción del medio en el hombre, aquí examina el caso de las personas excepcionales “que alcanzan el conocimiento de lo oculto, bien por disposición natural o por ejercicio iniciático”. De estos ‘perceptores sobrenaturales’ para él los más importantes son los profetas. La razón de este examen radica en que, siendo a su juicio la historia un armazón de determinaciones inescapables, el profeta es el único que, por gracia de Dios, elude a esas determinaciones. Por ende, su influencia y la revelación que transmite pueden cambiar la historia. Para él, el ejemplo paradigmático de ello es, precisamente, el profeta Mahoma.

El capítulo segundo examina la primera forma de organización humana, la civilización nómada, mientras que el tercer capítulo examina cómo ese grupo nómada deviene en un grupo de poder, que conquista otros pueblos sedentarios o civilizaciones urbanas. Un cuarto capítulo trata sobre la creciente complejidad de la civilización urbana y sus problemas sociales. Allí estudia cuestiones de economía que nadie había tratado antes ni en oc-

cidente, ni en el Islam: El origen del enriquecimiento y la decadencia, alzas y bajas de precios, el desarrollo de obras públicas, las características sociales que van aparejadas con el auge económico, etc. Para sociólogos, administradores y economistas, amén de historiadores, ésta es quizá la parte más interesante de la obra. El capítulo quinto trata sobre las profesiones y ocupaciones que surgen con el desarrollo de la civilización urbana y su relación con lo económico. Examina cuestiones relativas a gobierno, burocracia, administración y religión, pero también lo relacionado con los estratos sociales: las características del campesinado, el comercio, el acaparamiento, la inflación, la deflación, y empieza ya a tratar sobre profesiones más intelectuales: la medicina, la educación, las matemáticas aplicadas, etc. Finalmente, el capítulo sexto, con el que culmina la obra, reflexiona sobre el tema del origen del conocimiento y el carácter de las distintas ciencias, tanto ‘racionales’ (metafísica, lógica, astronomía, etc.) como ‘tradicionales’⁹ (la gramática, el misticismo, la teología especulativa [*‘Ilm ul-Kalám*], las ciencias del *Hadíth*¹⁰, etc.). Hace también allí unas famosas refutaciones de la astrología, la alquimia y la filosofía, las cuales a su juicio son peligrosas porque pueden apartar a los hombres de la verdad y la religión. Termina con varios apartados relativos a la lengua y la poesía árabe. Puede decirse sin exagerar que el alcance de la obra es enciclopédico.

La presente versión ha sido traducida por Francisco Ruiz Girela, Doctor en filología y profesor titular del Departamento de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad Complutense de Madrid, y autor de varios trabajos de historia, literatura, y lengua árabe. Traducir los *Prolegómenos* de Ibn Jaldún le tomó cinco años de paciente y acuciosa labor. Como él dice en su estudio introductorio: “La traducción que aquí presentamos, la primera completa que aparece en español realizada directamente a partir del texto árabe, pretende presentar al público culto hispanohablante esta obra fundamental del pensamiento medieval de manera a la vez fiel, rigurosa y asequi-

9 Sobre las ciencias ‘racionales’ y ‘tradicionales’ del Islam, cfr. Nuestros estudios: “Las ciencias racionales en Ibn Jaldún: su clasificación y su rol en el desarrollo histórico de las civilizaciones”, en *Revista de Filosofía*, 25 (enero-abril, 1997), pp. 91-108, y “Las ciencias tradicionales (*‘ulūm naqlīyya*) en los *Prolegómenos* de Ibn Jaldún”, en *Revista de Filosofía*, 70 (enero-abril, 2012), pp. 151-174.

10 El *Hadíth* es la colección de dichos y sentencias del profeta Mahoma expresados y recogidos en variadas ocasiones, y que son fuente de referencia importante en cuestiones doctrinales y de derecho islámico.

ble. Hemos procurado para ello hacer que el lenguaje sea suficientemente expresivo y claro...” Puede decirse que esta finalidad se ha cumplido. Esta edición expone con ventaja muchos pasajes que en la de Feres eran dados con muchas más palabras pero no necesariamente con un sentido más completo ni con mayor claridad. También pienso que ha tratado razonablemente el difícil asunto de las transcripciones del árabe al castellano. Con respecto en general a las transcripciones decía Thomas Edward Lawrence que los eruditos introducen formas y signos que son una molestia para quienes no conocen la lengua árabe, y son innecesarios para quienes la conocen. A lo largo del texto de esta versión, se ha conservado la transcripción tradicional en castellano de varios nombres árabes conocidos (por ejemplo, Yemen y no *Yaman*). En otros casos se ha dado una transcripción usando signos fonéticos especiales. Al respecto, el profesor Ruiz Girela dice “... hemos utilizado el [sistema de transcripción] conocido como internacional.” De hecho, la mayoría de quienes nos dedicamos a los estudios de textos árabes nos guiamos por ese sistema o uno parecido. Pero habría sido oportuno poner una tabla de equivalencias de esa transliteración, pues es el caso que con tales recursos se introducen signos o letras especiales que pueden desorientar al lector si no sabe como descifrarlos. Llega uno a preguntarse a veces si son necesarios algunos de esos signos especiales, pues nuestra lengua tiene letras que pueden suplir algunos de ellos, como en el caso de la ‘J’ española, que bien puede transliterar el signo árabe correspondiente a ese sonido, sin tener que usarse una ‘h’ con un guión debajo. Con respecto a otra letra árabe, la *ح* se usa en esta versión el signo ‘g’ para transliterarla, aunque parecería más lógico y razonable usar el signo ‘y’, puesto que, de las letras originales usadas para elaborar esos grafemas, es la ‘y’ la que se acerca más al sonido de la letra árabe y no la ‘g’ (excepto en Egipto, donde esa letra se pronuncia dialectalmente como una ‘g’ dura). Mas estos detalles no desdichan del resultado de la traducción, que es la mejor de esa obra hasta el momento en nuestra lengua, pues supera en gramática, claridad, fidelidad y precisión a todos los esfuerzos anteriores.

Es conveniente recordar además que la tarea del traductor suele ser de las más ingratas. Aunque éste sea un esfuerzo frecuentemente fatigoso y largo, pocas veces es reconocido con justicia y generosidad. Ha sido encomiable la labor del profesor Francisco Ruiz Girela que nos ha entregado estas más de mil doscientas páginas de la obra inmortal del autor tunecino. Su esfuerzo, y también los de Miguel Ángel Manzano, quien compuso la ex-

haustiva y actualizada bibliografía que acompaña la edición, e Irene Bernabé Blanco, quien preparó los glosarios al final de la misma, señalan el camino para la continuación de los estudios en el vasto y fecundo campo del ideario contenido en los *Prolegómenos*.

Luis Vivanco Saavedra

Universidad del Zulia - Venezuela

luisvivancosaavedra@gmail.com